

3. ¡SÍ QUIERO!





¿Alguna vez has escuchado aquello de “encontrar a la media naranja”? En gran parte, es verdad, en la vida estamos llamados a amar y a que nuestro amor sea correspondido por otra persona, como si de dos mitades se tratara. Estamos llamados a encontrar a nuestra “otra mitad”, y a unirnos con ella, pero, ¿cómo empieza esta pareja? ¿cómo empieza el enamoramiento? ¿cómo encuentras a tu “otra mitad”? ¿Qué o quién une esas dos mitades?

Si esperas encontrar a tu media naranja tal y como lo hacen los programas de televisión, que centran su temática en la búsqueda de “la pareja ideal”, estás equivocado. La vida no es un programa de televisión donde tienes un casting de chicas o chicos seleccionados, tal vez habiendo pasado un test de compatibilidad, de entre los cuáles puedes escoger a quien más te atraiga.

Por otra parte, si esperas encontrar a tu media naranja sólo a través de Internet o del teléfono móvil, chateando horas y horas sin haberos visto, ni conociendo vuestros gustos, opiniones..., estarás equivocado.

Querido joven, ¿cómo buscas a tu media naranja? ¿Cómo la buscaste? ¿La has encontrado?

Amigo, amiga, enamorarse es mirar en la otra persona más allá de “sus bíceps o de sus pechos”, enamorarse de otra persona es reconocer que él o ella te puede complementar en tus momentos fuertes y en tus momentos débiles, en tus muchos defectos y también en tus múltiples virtudes. Enamorarse es hacer un proyecto de vida común y siendo “yo” y “tú” formar un “nosotros”.

Encontrar a “la otra persona”, la persona que te complementa y que está llamada a ser el amor de tu vida, y tú la suya, no es fruto de una casualidad. No estoy diciendo que no pueda existir el amor a primera vista, pero Dios tiene un proyecto para ti, un proyecto de vida ligado a una vocación. ¿Será el sacerdocio? ¿Será la vida consagrada? ¿O será el matrimonio cristiano?

¡Tranquilo! Vayamos por pasos.

Encontrar a “tu media naranja” precisa del enamorarse. Es el momento en el que sabiéndoos diferentes, hombre y mujer, sois a la vez complementarios y encontraréis los mismos “gustos”, o al menos, la intención de alcanzarlos. Convergencias, afinidades o complementariedad de carácter, de educación, de cultura, de sensibilidad artística o literaria, religiosa, etc., que os puedan unir y hacer crecer.

Sólo a partir de un punto en común y de tiempo para la maduración de la pareja, será como se podrá trabajar la relación para llegar a ser de “los dos una sola carne” (Gn 2, 24).

Es el Sacramento del Matrimonio el que hace unir al hombre y a la mujer plena y completamente ante Dios como una carne y para toda la vida. A través de este sacramento el Amor de Dios se hace patente en los novios, aceptando a la otra persona como la legítima esposa

o esposo, entregándose a él o a ella y prometiendo ser fieles en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad, amándose y respetándose todos los días de sus vidas. En el sacramento se sella la alianza del Pueblo de Dios (reducido al hombre y a la mujer que deciden contraer matrimonio) con su Creador.

¡Paremos un momento! ¿He ido demasiado rápido? Tómame un respiro y relee las últimas palabras si lo crees necesario entendiendo lo que ellas significan.

Tal vez creas que este tema no sea para ti; si eres chico tal vez el contenido te puede parecer una “cursilada” o demasiado lejano; si eres chica tal vez no te sientas identificada con el amor que te propongo. Sea de una forma u otra, si algo está claro es que naciste para amar. Tal vez en ningún sitio te han enseñado a amar, pues como don se da por hecho que sabrás hacerlo, pero realmente ¿sabes hacerlo?

Como decía el Papa San Juan Pablo II “el amor no es cosa que se aprenda, ¡y sin embargo no hay nada que sea más necesario enseñar!” Permíteme que hablemos entonces del amor y del sendero para llegar a la vocación del amor.

¿Empezamos?





SIÉNTELO

Querido amigo, querida amiga, todos tenemos la capacidad de amar y la necesidad de sentirnos amados. Es curioso pues como si se tratara de una pieza de un puzzle, tú puedes amar, pero a la vez necesitas sentirte amado.

Esta unión es la que las personas buscamos a lo largo de nuestras vidas, encontrar a la persona amada que nos aporte su rebotante capacidad de amar. Pero ¿cómo es esa búsqueda? ¿Cómo llegamos a esa unión del amado y la amada?

Paso a paso, recorramos juntos ese camino repasando las etapas del noviazgo hasta llegar a esa unión vocacional del amor.

La atracción

Imaginemos que hay una persona que te gusta. La palabra gustar tal vez sea un tanto sencilla... dejémoslo en que cuando estás cerca de él o de ella, experimentas un sentimiento diferente dentro de ti. Como un hormigueo que recorre tu estómago, te pones nervioso/a, no sabes muy bien qué decir ni de qué temas hablar: te atrae.

Intuyes, por su forma de atenderte y de relacionarse contigo, que él o ella también siente algo por ti, pero la vergüenza, hace que te quedes paralizado antes de expresarle tus sentimientos. Puedes pasarte horas y horas mirando su perfil en la red social, sus últimos mensajes de texto... ¡Tranquilo! ¡Tranquila! No estás enfermo. En ti está aflorando el amor.

Esta situación que te acabo de describir, tal vez no la hayas experimentado jamás, o por el contrario estés ahora en ese proceso de "hormigueo interno", o quizá hace tiempo viviste algo parecido... de cualquier forma, el ser humano, es decir tú, estás llamado a amar y a experimentar esa atracción hacia el amor.

En el inicio de una relación, o en el proceso de enamoramiento, nuestro cuerpo se transforma: está atento a cosas que anteriormente no lo estaba, o lo estaba menos, irradia felicidad, cercanía, cariño... tal vez no sean cambios sustanciales pero sí pequeños gestos, motivados a que en nuestro interior aflora el amor. Esta es la fuerza del amor: eleva al que ama más allá de sus expectativas, abriéndole nuevos horizontes e infinidad de posibilidades.

Tal vez esa atracción no se da sobre la persona perfecta, aquella de tus sueños... No te preocupes, puede que exista un aspecto que de manera primordial te llame más la atención y eso sea lo que te atrae. No te preocupes, conforme conozcas a la persona, irás compensando más los gustos que soñabas de tu "media naranja", con otras cosas que esa persona tiene.

¿Cómo es tu pareja perfecta? ¿Qué cualidades debe tener?

Comparte tus respuestas en las redes sociales utilizando los perfiles de Juniors Moviment Diocesà en Facebook o Twitter.



La decisión

Llega el día en que no aguantas más, no puedes no decirle lo que sientes por él o por ella. Le has citado para encontraros, para tomar algo, para cenar, para morir de la vergüenza, pero sabes que es ahora o nunca.

Has estado más tiempo de lo normal arreglándote. Quieres que todo salga perfecto, porque él o ella se lo merece. Llegado el momento todo sale como esperabas, él o ella siente lo mismo por ti y te corresponde al decirte “te quiero”. Os dais el primer beso. Un eterno y cálido beso. El primero de entre muchos, pues a partir de ese día tu vida es diferente: estás enamorado.

¡Menuda decisión! El amor que sientes por la otra persona necesita ser verbalizado. Tu corazón desborda y eso te lleva a decirle “te quiero”, y con mayor madurez, “te amo”. Has descubierto que tú también le gustas a él, a ella.

¡Qué momento más bonito! ¡Qué inicio más sincero! ¿Y después de eso qué? Después toca algo un poco más complicado, un camino de descubrimiento de la profundidad de la otra persona para ver si te complementa, y puede ser tu “media naranja”.

Más allá del “amor a primera vista”, de la atracción de las primeras citas, toca conocer a la otra persona en todas sus facetas, en todos sus entornos (con sus amigos, con sus padres, en los estudios, cuando está enfermo...), es tiempo de compartir más experiencias y descubrir a la persona que te complementa.

Estando enamorados, son tantas las alegrías que da el amor, que quien lo experimenta corre un peligro: creer que ha llegado ya a la meta. El enamorado, tú, puedes quedar tan sorprendido de la luz que ha inundado tu vida, que puede que no hagas otra cosa que contemplarla. Cuando un enamorado se comporta así, cuando actúas así, el amor acaba por agotarse, pronto se cansa o aburre. ¡No tengas miedo a descubrirte tal y como eres! ¡No tengas miedo a descubrir a la otra persona tal y como es llegando hasta lo hondo de su ser!

¿Y cómo es él? ¿Y cómo es ella?

¿Aceptación? ¿Rechazo? Puede que según vayas conociendo más y más a la otra persona, en ti aparezcan ciertas actitudes de aceptación o rechazo hacia su comportamiento. Tranquilo, es normal, según te gusten esas cosas, según la otra persona se asemeje a ti o esté dentro de lo que deseas de ella, te será cada vez más complementaria. El amor es un arte que no se aprende ni cultiva en solitario, sino junto a la persona amada. Recuerda que Dios desea que seas feliz, y por ello te colma de su Amor para que lo entregues única y exclusivamente a aquella persona que te complementa, te corresponda y te haga feliz. Él se hace presente en vuestra forma de conoceros, en vuestra forma de aceptaros... para que de manera mutua, lleguéis a amaros hasta el extremo.

Pero si en ese camino de conocimiento decides poner punto y aparte, finalizando la relación de noviazgo, ya que la otra persona no encaja contigo: tranquilo, tranquila, lo superarás. Debes ser fuerte pues la otra persona, inevitablemente ha marcado en ti una huella y te dolerá la situación, pero esa persona no estaba destinada a ser tu “media naranja”.

Por eso es tan importante no empezar entregando la intimidad del cuerpo en las relaciones sexuales. Has de vivir el noviazgo como el período en el que descubres la “otra mitad”, a la que te entregarás fielmente y para siempre, unidos en cuerpo y alma, ante Dios y ante los hombres. Darte a aquella persona, única, con la que deseas profundamente vivir unida para siempre. Si no lo tienes, anhelas aquello que todavía te falta. Sabes que puedes amar más, pero te falta algo y ese “algo” es la otra persona, tu “otra mitad”.

El conflicto

Volvamos al camino imaginario que estamos recorriendo. Conociendo a la otra persona la vas descubriendo poco a poco cada vez más. Entre vosotros surgen algunas diferencias o situaciones no esperadas y eso, os lleva al conflicto.

Conflictos porque le has faltado al respeto, porque no le has sido sincero/a, conflictos porque no has obrado como tocaba, por celos, egoísmos... incluso conflictos por cosas absurdas... Te duele que te grite, te molestan sus comentarios fuera de lugar, necesitas respirar cuando no sale la cosa como esperabas... Él o ella te ha defraudado...

Querido joven, el amor en muchas ocasiones es un sentimiento que también duele. Los conflictos en una pareja en pequeñas dosis son positivos ya que ayudan a regenerarla y a buscar una solución para forjar más profundamente el amor común.

El conflicto hace conocer a la otra persona en situaciones límite y nos ayuda a valorarla, más si cabe, tanto en lo positivo como en lo negativo. No sería sano para la relación que no se buscara una solución común. Fíjate en Jesús. “Él es clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad; es bueno con todos, es cariñoso con todas sus criaturas.” (Salmo 144) Si Él es así con sus “criaturas”, ¿cómo serás tú con tu “otra mitad”?

La pareja está llamada a salir del individualismo de la niñez para llegar a la comunión, al ser uno. Por lo que los conflictos deben ser cuidados para buscar siempre una solución que haga prosperar la relación.

Sería un error si tras una pequeña discusión, por mucha razón que tú tengas o la tenga la otra persona, no hubiera un perdón o un te amo, y con ello un beso de reconciliación. En estas situaciones es donde con mayor ímpetu se demuestra la fuerza del Amor de Dios, que te empuja a actuar de forma misericordiosa, comprensiva, de manera servicial, sin envidias, sin presumir, sin malas palabras ni egoísmos, sin irritaciones ni cuentas del mal y sin alegrarse de la injusticia.

Es en estas circunstancias cuando más debe resonar en tu corazón el AMOR en mayúsculas por la otra persona, el Amor de Dios por la otra persona. Por encima del conflicto “disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites.”

Ser uno

Llegado el momento, en la bonita relación de noviazgo, la pareja decide dar un paso más. Se sienten preparados, más unidos que nunca y quieren comprometerse mutuamente para toda la vida. Ambos deciden sellar su amor con una alianza, con una promesa de fidelidad, en el Sacramento del Matrimonio siendo uno.

¡Ding! ¡Dong! ¡Ding! ¡Dong! Resuenan las campanas. De fondo se escucha: ¡Viva los novios! Nuestra pareja imaginaria ya son oficialmente marido y mujer.

Dios ha dispuesto en la Creación que hombre y mujer puedan unirse para ser una sola carne. En el Génesis, en el principio, Dios creó al Hombre, al adam, y de él, de su carne, creó al varón y a la hembra, al hombre y a la mujer, con la distinción física y psíquica, a imagen y semejanza suya.

“Entonces el Señor Dios echó sobre el Hombre un letargo, y el Hombre se durmió. Le sacó una costilla y creció carne desde dentro. De la costilla que le había sacado al Hombre, el Señor Dios formó una mujer y se la presentó al hombre. El hombre exclamó: -¡Ésta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne! Su nombre será Hembra, porque la han sacado del Hombre. Por eso el hombre abandona padre y madre, se junta a su mujer y se hacen una sola carne. Los dos estaban desnudos, el hombre y su mujer, pero no sentían vergüenza.” (Gn 2, 21-25)

¡Qué bonito que Dios nos creara diferentes! Con sexos diferentes, con pensamientos y sentimientos diferentes, pero creados de la misma carne y con los mismos huesos, siendo uno. Y desde ahí, Dios nos llama a unirnos de nuevo, a buscar a “nuestra mitad” a lo largo de la vida para ser de nuevo uno. Uno con Él y en Él.

¡Qué Amor tan grande el que nos tiene Dios que, pasados millones de años de evolución, nos hace al hombre y a la mujer indispensables el uno del otro para continuar su Creación! ¡Somos co-creadores suyos, pues se hace valer de nuestra condición para engendrar VIDA en mayúsculas!

Pero ¡espera un momento!, hemos hablado de la necesidad de unirse hombre y mujer para engendrar vida para hacer patente y manifestar la Creación y el Amor de Dios. Pero ¿porque hacerlo en el Matrimonio?

Volvamos al principio. Al principio de los principios. Cuando Dios creó al hombre y a la mujer, narrado según otro pasaje del Génesis.

“Y creó Dios al Hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios y les dijo: -Creced, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que se mueven sobre la tierra. [...] Y así fue. Y vio Dios todo lo que había hecho: y era muy bueno.” (Gn 1, 27-28).

Dios vio que la creación del hombre y la mujer era ‘muy buena’, y los destinó a dejar a sus padres para que “ya no sean dos, sino una sola carne” (Mt 19,6) para crecer, multiplicarse y llenar la tierra. Es pues en el Sacramento del Matrimonio donde se produce esa unión entre hombre y mujer. Entre las “dos mitades” con una promesa de fidelidad mutua, una promesa entre el hombre y la mujer, y Dios. Sin el matrimonio no se da esa unión, y por consiguiente, no se puede llegar a una sola carne como Dios nos creó.

Por eso el matrimonio es mucho más que dos personas que se unen para conseguir cada uno su propia felicidad. Para amar, hay que abandonar el individualismo y llegar a una comunión de dos personas, siendo feliz con “la otra mitad”.

Lo que une a los esposos es la grandeza de una promesa que han visto en la otra persona, un “sí, quiero” comprometido por la otra persona y que les supera con la promesa, la alianza, que Dios a su vez hace con ellos. Esta unión precisa de la gracia de Dios derramada en el sacramento a través de la bendición de los esposos. Es decir, una unión que se forja en el Amor de Dios.



“En nuestro camino de catequesis sobre la familia tocamos hoy directamente la belleza del matrimonio cristiano. Esto no es simplemente una ceremonia que se hace en la Iglesia, con las flores, el vestido, la foto... El matrimonio cristiano es un sacramento que tiene lugar en la Iglesia y que también hace a la Iglesia, dando comienzo a una nueva comunidad familiar.

[...]

El sacramento del matrimonio es un gran acto de fe y de amor: testimonia el coraje de creer en la belleza del acto creador de Dios y de vivir aquel amor que empuja a seguir adelante siempre más allá, más allá de sí mismos y también más allá de la misma familia. La vocación cristiana a amar sin reservas y sin medida es lo que está en la base también del libre consentimiento que constituye el matrimonio.

Papa Francisco. Audiencia del 6 de mayo de 2015.

¡Qué bellas palabras tiene el Papa Francisco para hablar del matrimonio!

Si quieres leer la catequesis completa que te he presentado puedes remitirte al CD y buscar en la carpeta correspondiente a este capítulo.



“El matrimonio como sacramento, se contrae mediante la palabra, que es signo sacramental en razón de su contenido: ‘te quiero a ti como esposa/o y prometo ser te fiel, en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, y amarte y honrarte todos los días de mi vida’. Sin embargo, esta palabra sacramental, esta promesa de fidelidad, es de por sí sólo el signo de la celebración del matrimonio. Y la celebración del matrimonio se distingue de su consumación hasta el punto de que, sin esta consumación, el matrimonio no está todavía constituido en su plena realidad.¹”

El matrimonio no es un mero decir “sí quiero”, sino que es también la unión carnal, la unión corporal que es el signo de la entrega total a la otra persona en el sacramento, en cuerpo, mente y alma. Esto es lo que identifica el matrimonio cristiano.

También lo es aquello de “hasta que la muerte os separe”, puesto que el matrimonio cristiano es indisoluble y el amor es para siempre. Sólo si eres capaz de entregarte completamente a una única persona para toda la vida, es como llevarás a cabo aquello para lo que has sido creado. Y este amor del matrimonio, entre el hombre y la mujer, es tan grande que les desborda. Por eso sólo puede que estar abierto a dar fruto, a los hijos y a procurar el bien de la esposa, del esposo. En Dios, hemos nacido para amar. ¡Vale la pena!

¹ Audiencia del 5 de enero de 1983. Papa San Juan Pablo II.

Las personas consagradas

Y a pesar de todo lo maravilloso que supone esta llamada de Dios al matrimonio, no pocas veces Jesús llama a algunas personas a una cercanía especial. La llamada a entregarse a una única persona es la misma, pero la entrega es diferente. Éste es el caso de cuantos experimentan en su interior el deseo de renunciar al matrimonio “por el Reino de los cielos”. Esta vocación no supone nunca un desprecio del matrimonio o de la sexualidad. El celibato voluntario sólo puede ser vivido en el amor y por amor, como un signo poderoso de que Dios es más importante que cualquier otra cosa. El célibe renuncia a la relación sexual, pero no al amor; pues encuentra en Cristo al esposo. La experiencia de Amor se vive de tal manera, que lo que parece imposible a los ojos de los hombres, puede alcanzarse por la voluntad de Dios y el servicio a los demás.

Por último quiero invitarte a no tener miedo, en tu relación de novios, a vivir una relación a tres. O a atreverte a vivir la vocación al sacerdocio o a la vida consagrada sin miedos. No temas que ese tercero menoscabe, amenace, deteriore ni destruya el vínculo amoroso de los otros dos o tu posibilidad de amar. No es un “amante” que compita, amenace, segregue, aparte, destruya... sino que es el que une, consolida, pacifica, nutre e impulsa.

Ese tercero es Dios, un plus que te proporcionará la ventaja de contar con la fuerza del Espíritu para poder crecer, superar, reconducir, perdonar, comprender, soportar, limitar, aceptar, gozar y sentir, lo que tal vez, humanamente no sería posible. Por lo que siéntete invitado en tu relación de noviazgo, a convertirte en signo visible de Dios, el Dios que nos ama, dejando que Él sea quien forje el Amor en vuestra pareja y lo consolide para llegar al Sacramento del Matrimonio, o a la entrega consagrada a Dios.

¿Estás dispuesto a iniciar ese camino?

¿Estarás dispuesto a decir “Sí, quiero”?





¿Qué descubrimientos alberga llegar al matrimonio? Tal vez ahora mismo no esté entre tus proyectos personales a corto o medio plazo, o por el contrario, estás pensando junto a tu pareja en dar un paso al frente para tomar una decisión al respecto, y comprometeros para el resto de vuestras vidas.

Pero permíteme que insista, ¿qué descubrimientos alberga el matrimonio? ¡Todos! El matrimonio es una vocación, una opción de vida a la que Dios nos llama a comprometernos en la Iglesia con Él y por Él.

Hay infinidad de situaciones que descubrir en el matrimonio, y entre ellas está la más bonita de todas. El cuerpo del hombre y el cuerpo de la mujer. Es en el matrimonio donde hombre y mujer se regalan mutuamente a sí mismas en cuerpo

y alma para ser uno. Donde se descubren y desnudan completamente y no tienen vergüenza el uno del otro (Gn 2, 25).

¿A quién le entregas tu intimidad? ¿A quién le mostrarás las intimidades de tu cuerpo? “Donar el propio cuerpo a otra persona simboliza la entrega total de uno mismo a esa persona” dijo San Juan Pablo II en un encuentro de jóvenes en 1993.

¿A quién estarías dispuesto/a a entregarle completamente tu vida, con tus defectos y virtudes, con tus sufrimientos y alegrías?

Recuerda algunas palabras que te he comentado anteriormente. Dios quiere que encuentres el amor, pero el amor correspondido que se entregará completamente a ti para toda la vida. Y cuando lo encuentres y queráis selléis vuestro amor en la alianza matrimonial, podáis mostraros vuestro interior, lo más hondo de ti, lo más íntimo, lo más personal.

Sé que, tal vez, lo que te estoy planteando te resulta extraño, incluso puede que no estés a favor de aquello que te intento explicar, pues la sociedad y el entorno que te rodea toma el sexo como una forma de liberación, de diversión, de ocio. Pero la atracción carnal del hombre y la mujer no puede verse reducida como si de una montaña rusa se tratara, que al subir y satisfacerte, finalizas aportando una sensación de sed no saciada. Siempre quedará la sensación de algo falta.

¡Aspirad a un amor mayor! Desea un compromiso de verdad, con la persona que amas y que te hace feliz; que te ame para toda la vida y te siga amando aunque cambies con los años; que seas la única persona que ocupa su corazón y ella el tuyo; que declare públicamente su fidelidad y compromiso; que el cuidado mutuo y los hijos sean el fruto de un amor que os desborda y os supera; y que sea con ella con quien compartas todo, especialmente en la entrega corporal. Cuando un hombre y una mujer se entregan sexualmente, no sólo entregan su cuerpo, si no todo su ser, pues no somos capaces de romper lo que somos, cuerpo y alma. Y si además

Dios es importante en vuestras vidas, qué mejor juez que el mismo Amor, sea el que asegure el éxito de esa alianza que tanto anhelas.

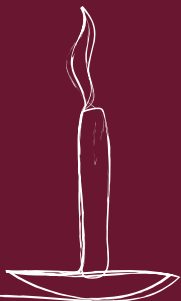
¿Complicado? ¡Mucho! Remar a contracorriente no es tarea fácil. Pero créeme. No dudes en decir: “Si eso es el matrimonio, yo también quiero esperar a casarme. Tengo ganas de acertar con la persona adecuada, quiero hacer el amor para toda la vida.”

¡Vale la pena descubrirlo en el matrimonio, pues la entrega será completa!

Para finalizar en ese compromiso, quiero invitarte a visitar y trabajar una página web. Se trata de una web de esas a las cuales no estamos acostumbrados a entrar. Visitamos las webs de noticias, de deportes, de belleza, de compras, de viajes, las redes sociales... pero aquellas que se preocupan de ti y te ayudan a desarrollarte más y más, nos resultan raras. ¿Quieres ser amante? ¡Amantes son los que aman!

**Visita esta web y atrévete a ver el vídeo que se promociona.
Podrás realizar el test del amor que te descubrirá la forma de
amar y también consultar y contestar algunos datos
o preguntas sobre el amor.
www.soyamante.org**





CELÉBRALO

Quiero invitarte a rezar cantando. Se trata de una canción que habla del amor. Del amor correspondido entre un hombre y una mujer, entre tú y tu “otra mitad”, entre vosotros y Dios. ¡Qué amor más bello refleja esta relación! Se denota que se trata de una relación comprometida de por vida. Una relación asentada, que espera madurar más si cabe en el matrimonio y crecer en el Señor para ser sal y luz en el mundo.

Pon la canción que encontrarás en el CD de este libro y dirígete a la carpeta correspondiente de este tema. Cierra los ojos y escúchala una primera vez. Entiende cada palabra, cada estrofa, el estribillo...

Posteriormente escúchala de nuevo y anota en una cartulina aquella o aquellas frases que signifiquen algo para ti. Tal vez en este momento de tu vida haya alguna parte que resalte más que el resto. ¡Anótalas!

Te invito por último a dirigirte a tu parroquia, en el momento en que puedas, a rezar frente al Sagrario. Lleva contigo las frases que has anotado. Léelas y habla con el Señor de las motivaciones por las cuales te ha llevado a escoger esas y no otras. Él te escuchará y te contestará con una palabra: te amo.



Canción “Contigo me la juego”. Sol.fe.ando. Álvaro Fraile.
<https://www.youtube.com/watch?v=j79wJJIX92Y>



Contigo me la juego

Suma tu carga a mi espalda que yo también cargo.
Cuenta además con mis manos que yo también tiro.
Y pon que a partir de ahora será de los dos un camino.
Y yo tu muleta, tu abrigo, tu almohada y tus trastos,
los nuevos y antiguos.

Mira que ahora tu calma es también mi descanso.
Que si algo falta lo lleno yo a golpe de abrazos.
Porque a partir de ahora habrá barra libre de besos.
Y apúntate todos los gestos que hablen por nosotros
cuando nos callemos.

Fue sin querer que te quiero, y ya ves, bendita casualidad.
Que en tu farmacia encontré mi remedio,
y tú en mí lo que no enseña nunca ningún colegio.

Si pones tú la sal y yo enciendo la luz, tendrá sabor y vida nuestra casa.
La salará el sabor, la luz que alumbrará cada rincón de esta nueva casa.
Si pones tú la sal y yo enciendo la luz, que solo si es contigo me la juego.
La sal que da el sabor, la luz para alumbrar, que si es contigo me la juego yo.
Me la juego yo.

Sabes que cuando te apagas solo yo te enciendo.
Que si me falta moral me subo a tu beso.
Y pon que a partir de ahora hará mucho menos frío.
Y pon que dejo de ser mío, de ser tuyo, y ahora es Nuestro.

Fue sin querer que te quiero, y ya ves, bendita casualidad.
Que en tu farmacia encontré mi remedio,
y tú en mí lo que no enseña nunca ningún colegio.

Si pones tú la sal y yo enciendo la luz, tendrá sabor y vida nuestra casa.
La salará el sabor, la luz que alumbrará cada rincón de esta nueva casa.
Si pones tú la sal y yo enciendo la luz, que solo si es contigo me la juego.
La sal que da el sabor, la luz para alumbrar, que si es contigo me la juego yo.
Me la juego yo.



Comprometidos

Tender lazos, atar cabos, sellar alianzas poniendo todo en el intento. Si tú no es capaz de ligarse a nada ni a nadie, al fin, ¿no quedarás un poco solo, un poco triste, un poco a medias? Porque la vida no sólo es pasar, sino dejar huella, complicarse, implicarse en las cosas y en las luchas diarias que merecen un esfuerzo. Y una pareja merece la pena, merece tu esfuerzo.

Decir “sí, quiero”, no es sólo para el matrimonio, sino para mucho antes. En el inicio de la relación se precisa un sí quiero. Comprometerte a apostar y poner el alma en juego en la relación.

1. Cuenta conmigo

Para las horas de esfuerzo, para los días en que hay que buscar soluciones, para los problemas, cuenta con tu pareja al igual que él o ella lo haga contigo.

Que tu vida sea proyecto y sueño compartido con tu “otra mitad”. Que tu vida se abra a un mundo, una persona, que llama, grita, pide y da. Implícate con la persona que quiere compartir su vida contigo, con sus esfuerzos y con sus dudas. Que cuando te pida digas “sí”, cuando te busque pueda hallarte; cuando te necesite estés ahí. Esa es un poco la raíz de la vida, el saberte parte del horizonte del otro.

*¿Te sientes parte de la vida de otro/a?
¿Sabes estar disponible, entregado/a, abierto/a
a las necesidades de tu “otra mitad”?*

¿Te sientes más proclive al “sí”, al compromiso diario, o a dar largas?

2. Compartir sueños

Hay que tener algo por lo que luchar. Y, la verdad, está la vida demasiado prosaica como para quedarse en ideales raquíticos. ¿Por qué no aspirar a mucho? ¿Por qué no creer que es posible trabajar por la justicia, por la igualdad, por la acogida, por la verdad? ¿Por qué no lograrlo juntos?

Tejer una vida. Acompasar el tiempo, para sonar una misma melodía. Que tu música y la suya sea ahora la “nuestra” y la sintáis como tal, donde compartir sueños, aspirar y comprometerse para alcanzarlos. Compartir tu espacio, tu tiempo, tu riqueza, tu pobreza, tu salud, tu enfermedad, tu prosperidad, tu adversidad, tu vida, con aquel o aquella que te ama sin medidas.

¿Cuáles son mis compromisos hoy en día?
¿Tengo la sensación de compartir los sueños
de la gente a la que amo?

SEMBRAR

Alza la mano y siembra,
con un gesto impaciente,
en el surco, en el viento,
en la arena, en el mar...
Sembrar, sembrar, sembrar, infatigablemente:
En mujer, surco o sueño,
sembrar, sembrar, sembrar...

Yérguete ante la vida
con la fe de tu siembra;
siembra el amor y el odio,
y sonríe al pasar...
La arena del desierto
y el vientre de la hembra
bajo tu gesto pródigo
quieren fructificar...

Desdichados de aquellos
que la vida maldijo,
que no soñaron nunca
ni supieron amar...
Hay que sembrar un árbol,
un ansia, un sueño, un hijo.
Porque la vida es eso:
Sembrar, sembrar, sembrar

José Angel Buesa



En el final de este capítulo quiero invitarte a realizar una oración para toda tu vida, para toda vuestra vida.

En todo momento a lo largo de estas líneas he pretendido mostrarte el amor de pareja, un amor entregado, único, comprometido, sacrificado, gratificante, sorprendente, servicial... un amor para toda la vida.

Te comentaba en un apartado anterior que Dios forma parte fundamental de tu relación, porque Él es quien da entendimiento a vuestro amor, da fuerza en la debilidad y paciencia en el sufrimiento, sonrisa en la alegría e ilusión en lo sorprendente. Él es quien, en esa relación de tres, espera que tú y "tu otra mitad" le hagáis el hueco que se merece para

forjar vuestro amor, en su Amor.

Es por ello que te propongo realizar un bonito gesto, más que un gesto, una oración. Comparte con tu pareja la posibilidad de realizar una oración conjunta que vayáis ampliando según celebréis una fecha señalada o un aniversario juntos.

¿No sabes cómo hacerlo? En primer lugar debéis sentaros los dos juntos con una libreta que os permita anotar. Pensad lo bueno y lo malo, las alegrías y las penas... que habéis vivido juntos a lo largo del último tiempo. Deben ser cosas que os hayan pasado como pareja, que os hayan hecho vivir algo sorprendente, alegre o por el contrario, triste y difícil. No importa lo que sea, siempre y cuando sean hechos vividos en la pareja.

Resumidlo por escrito en forma de oración, en forma de petición o de acción de gracias según sea el momento descrito. Rezadlo juntos a lo largo de ese tiempo, hasta que de nuevo os volváis a sentar para escribir una parte más, según lo vivido en ese nuevo tiempo.

De esa manera será como estaréis haciendo un hueco en vuestra relación a la oración, encontrando en ella a Dios y hablándole sobre vuestras inquietudes, alegrías, necesidades...

Con el paso del tiempo obtendréis una bonita oración que hable de vuestra vida como pareja. Un diálogo con Dios el cual se hace presente en vuestra relación y en vuestra maduración como pareja rebosando vuestros corazones de su Amor.

¿Por qué no intentarlo?
¡Atrévete a rezar en pareja!

A continuación te dejo un trozo de libreta para que puedas iniciar aquí la oración de pareja a la cual te he invitado.
¡Disfrutad la oración!

